

# Figuras para la estructura social y autoadscripción de clase en el norte y sur del conurbano bonaerense (Argentina), 2019-2023<sup>1</sup>

[SILVINA MERENSON]

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales.

Universidad Nacional de San Martín

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

smerenson@unsam.edu.ar

## Resumen

El artículo presenta los primeros resultados de un estudio etnográfico sobre estructura social y autoadscripción de clase en dos municipios del sector norte y sur del conurbano bonaerense (Argentina). Considerando las transformaciones de las posiciones y subjetividades de las clases medias y los sectores populares en las últimas décadas, el estudio tiene como objetivo captar las teorías nativas que las sustentan y de las cuales se derivan las adscripciones a posiciones medias y bajas situadas en figuras variables de la estructura social. Para ello, sintetizaremos el marco teórico-analítico del estudio, recuperando debates sociológicos y antropológicos sobre las clases sociales en Argentina y describiremos la metodología aplicada. Adentrando en los análisis etnográficos, presentaremos las figuras de la estructura social, los procesos de movilidad social y la autoadscripción de clase que emergen del trabajo de campo realizado. En los apuntes finales, subrayamos las principales conclusiones del estudio.

Palabras clave: estructura social, clase social, etnografía, conurbano bonaerense

## Figures for the social structure and class self-ascription in the north and south of the bonaerense conurban (Argentina), 2019-2023

### Abstract

The article presents the first results of an ethnographic study on social structure and class self-ascription in two municipalities in the northern and southern sectors of the Buenos Aires suburbs (Argentina). Considering the transformations of the positions and subjectivities of the middle classes and the popular sectors in recent decades, the study aims to capture the native theories that support them and from which the assignments to middle and lower positions located in variable figures of the social structure are derived. To do this, we will synthesize the theoretical-analytical framework of the study, recovering sociological and anthropological debates about social classes in Argentina, and we will describe the methodology applied. Delving into the ethnographic analyses,



<sup>1</sup> Artículo recibido: 16 de julio de 2024. Aceptado: 21 de mayo 2025

we will present the figures of the social structure, the processes of social mobility and class self-ascription that emerge from the field work carried out. In the final notes, we highlight the main conclusions of the study.

Keywords: social structure, social class, ethnography, Buenos Aires suburbs

## **Figuras para a estrutura social e autoatribuição de classe no norte e sul do suburbano bonaerense (Argentina), 2019-2023**

### Resumo

O artigo apresenta os primeiros resultados de um estudo etnográfico sobre estrutura social e autoatribuição de classe em dois municípios dos setores norte e sul da conurbação da cidade de Buenos Aires (Argentina). Considerando as transformações das posições e subjetividades das classes médias e dos setores populares nas últimas décadas, o estudo visa captar as teorias nativas que as sustentam e das quais derivam as atribuições às posições médias e baixas localizadas em figuras variáveis da estrutura social. Para isso, sintetizaremos o marco teórico-analítico do estudo, recuperando os debates sociológicos e antropológicos sobre as classes sociais na Argentina e descreveremos a metodologia aplicada. Aprofundando-nos nas análises etnográficas, apresentaremos as figuras da estrutura social, os processos de mobilidade social e de autoatribuição de classe que emergem do trabalho de campo realizado. Nas notas finais, destacamos as principais conclusões do estudo.

Palavras-chave: estrutura social, classe social, etnografia, subúrbios de Buenos Aires

### **Introducción**

“Clase social” es un término que impera en la conversación pública argentina. Cotidianamente escuchamos referencias a su acepción “objetiva” (los recursos materiales, económicos y los servicios a los que debe acceder una “familia tipo” para ser considerada clase media, pobre o indigente), también reflexiones sobre sus elaboraciones subjetivas. En particular, impugnaciones de adscripciones a los segmentos medios que se consideran erradas para una parte de la población cuyo estilo de vida no sería acorde a su base material. Sus usos resultan de diversos criterios, reflexiones y argumentaciones; llegan para expresar malestares, manifestar desacuerdos y formular denuncias. También para dar cuenta de logros y deseos, de evaluar decisiones y legitimar posiciones.

Sabido es que ni “clase social”, ni “estructura social” son conceptos neutrales (Pereyra 2011). Ambos movilizan narrativas, repertorios y prácticas que, al mismo tiempo en que procuran establecer principios de visión y división del mundo y de dar cuenta de una *experiencia* (Thompson 1989) al respecto, expresan fricciones, conflictos manifiestos o tensiones latentes entre partes desiguales (Cardoso de Oliveira 2007). Sus dinámicas, incluso sus nominaciones, no refieren como apunta Kalb (2015) a un grupo, a una posición o a un determinado factor, sino a la cualidad, intensidad y situacionalidad de las relaciones sociales, que a su vez se inscriben en sensibilidades históricamente conformadas (Rubinich 2022).

Este artículo discute los hallazgos de una etnografía iniciada en 2019 y realizada en dos municipios del sector norte y sur del conurbano bonaerense. Ambos comportan asimetrías en los principales indicadores sociodemográficos, que a su vez impulsan imaginaciones fuertemente estereotipadas. La investigación se inició en el municipio

del Norte y continuó en el municipio del Sur.<sup>2</sup> En ambos se avanzó en dos etapas. La primera incluyó la realización de observaciones y el sostenimiento de múltiples interacciones y conversaciones informales con personas que residen en “barrios de clase media” y “de trabajadores”<sup>3</sup>. La segunda consistió en la identificación y selección de algunos ejes temáticos que componen la Encuesta Nacional de Estructura Social (ENES) implementada por el Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) y en su incorporación a entrevistas etnográficas complementadas con observaciones y registros fotográficos. Sin pretensión de representatividad, procuramos equilibrar por género y edad la distribución del total de las más de setenta entrevistas realizadas, la gran mayoría de las veces en los hogares de nuestros interlocutores, varias de ellas de más de un encuentro.

En el proceso de la investigación indagamos sobre las autoadscripciones de clase considerando las formas de imaginar –y en varios casos de dibujar– la estructura social, también en los vínculos con el mundo material y los posicionamientos sociopolíticos. Este interés se remonta a los primeros años de los 2000, cuando analizamos lo que denominábamos por entonces “sentido común sociológico” (Semán y Merenson 2007). De este modo nos referíamos a las formas en que las personas y los grupos modulan lecturas de la “sociedad argentina” y se posicionan en ella operando formas específicas de establecer divisiones. Estas divisiones captaban los ecos de la segmentación, heterogeneización y polarización resultante de la década neoliberal. En su transcurso, parte de la atención sociológica se dirigió al análisis de las redes y los mecanismos sociales activados por las familias para mitigar o sortear con mayor o menor éxito la movilidad descendente que dio origen a “nuevos pobres”: un “estrato híbrido” (Minujin y Kessler 1995: 91) cercano a las clases medias en sus aspectos culturales (familias pequeñas, nivel educativo), pero también a los pobres estructurales (en términos de niveles de ingreso, desempleo y precariedad laboral) que describían su posición como efecto de los propios errores o como “hecho casi natural” (Minujin y Kessler 1995: 13). Considerando las transformaciones de las posiciones estructurales y subjetivas de las clases medias y los sectores populares en el ciclo abierto tras la crisis de 2001, retomamos nuestros interrogantes no ya para captar nominalmente las divisiones operadas, sino para identificar las teorías nativas que las sustentan y de las cuales se derivan las adscripciones a posiciones medias y bajas situadas en figuras variables. En las páginas que siguen, procuramos describirlas considerando las experiencias y los conflictos que las traman. El segundo apartado presenta el marco teórico-analítico del estudio, ahondando en algunos de los debates sociológicos y antropológicos sobre las clases sociales en Argentina. Los apartados tres y cuatro discuten las informaciones etnográficas, presentando las figuras de la estructura social, los procesos de movilidad social y de autoadscripción de clase que emergen en de nuestro trabajo de campo. En los apuntes finales, subrayamos las principales conclusiones del estudio en lo que respecta a los puntos comunes que comparten nuestros y nuestras interlocutoras en ambos municipios.

### **Puntos de partida**

El análisis de la estructura y las clases sociales en Argentina fue un terreno privilegiado por la sociología cuantitativa y porta una extensa tradición cuya recuperación excede a los objetivos de este artículo. Desde los trabajos pioneros de Germani (1963 [2010]) los análisis de la “clase subjetiva” se presentan como el resultado de un proceso

multidimensional atravesado por el contexto histórico que remite a un sistema de “actitudes, normas y valores que vinculan a los miembros de diferentes grupos ocupacionales con cada clase, distinguiéndolos a la vez de otras” (Dalle 2016: 69).

La “clase subjetiva” resultó explorada cuantitativamente a partir de dos modalidades: la autoubicación de las personas encuestadas en una escala de posiciones que va de 1 a 10 y la elección de una categoría de clase prefijada para establecer la pertenencia (Assusa y Mansilla 2019). En las últimas dos décadas, a partir de distintos sets de datos, los trabajos se ocuparon de determinar si las circunstancias y la posición de las personas dentro de la sociedad eran acompañadas –o no–, en qué grado, y con qué precisión de las percepciones en torno a la jerarquía y la distribución de las posiciones existentes (Jorrat 2008; Grimson 2015; Kessler 2016; Piovani y Salvia 2018). Como apuntan Assusa y Mancilla (2019), las investigaciones destacaron “distorsiones”, “corrimientos”, “disonancias”, “inconsistencias” entre clase objetiva y subjetiva, particularmente para explicar lo que, tras la crisis de 2001 y hasta 2018, resultaba una masiva adscripción a las clases medias. Al igual que en otros países de la región, esto llevó a postular la conformación de una “clase media emergente”, actualmente jaqueada en virtud de la fragilidad de las mejoras en las condiciones materiales y estilos de vida previamente alcanzados (Benza y Kessler 2020). En tiempos de crisis, tal como observaron MacClure, Barozet y Aguilera (2024), “la noción de clase social puede adquirir mayor fuerza”; para discernirlo es necesario “observar de manera abierta tanto posiciones subjetivas de clase social como otras formas de posicionarse” apelando a diseños metodológicos innovadores.

Por su parte, hasta avanzado el actual siglo, los estudios antropológicos en Argentina no realizaron un debate estructurado sobre la clase, o sobre “la composición y pesos relativos de los diferentes sectores” sociales (Benza *et al.* 2016: 189). Esto, desde ya, no significa que sus contribuciones no fueran cruciales para comprender los sentidos y las percepciones nativas que tensionan, afirman o disputan las caracterizaciones estructurales, considerando en ello su historicidad y situacionalidad (Visacovsky y Garguin 2009). Teniendo por horizonte analítico las desigualdades entrelazadas, los estudios etnográficos se concentraron mayormente en la vida social y política de los “sectores populares” urbanos (Benza *et al.* 2016). En tanto, el abordaje etnográfico de las clases medias incluyó una particular atención a las formas de transitar y disputar las ciudades (Segura y Chaves, 2021), construir y habitar sus casas (Blanco Esmoris 2021), también el análisis de sus prácticas religiosas, repertorios morales y posicionamientos políticos (Viotti 2021; Noel 2020; Vargas 2014). En la mayoría de los casos, sin embargo, la pregunta por la autoidentificación de clase no resultó explícitamente formulada y problematizada. Lo mismo sucede con la imaginación respecto de la estructura social en que estas se insertarían.

En este artículo procuramos ensayar conexiones entre formas dispares de explorar los usos de “clase”. Nos interesa recuperar las inquietudes que guían los análisis sociológicos mencionados hasta aquí, pero para enfocarnos en aquello que escapa a los alcances de las fuentes de datos privilegiadas en ellos. Esto es, la existencia de diversas formas de imaginar y figurar la estructura social, de establecer las clases que la componen, sus proporciones, caracterizaciones y fronteras, los criterios y tipos de movilidad y su devenir en temporalidades múltiples. En su marco exploramos, tanto más que el resultado, los modos de argumentar, practicar y simbolizar las adscripciones de clase. Al comienzo de nuestro trabajo de campo las consideraciones sobre la estructura social

y las autoadscripciones de clase eran parte de una *conversación*. Nuestros y nuestras interlocutoras *relataban* cómo creían que era la estructura social, cuántas clases sociales la componían, cómo las denominaban y por qué; qué tamaño relativo ocupaba cada una, etc. Cuando las descripciones eran más complejas, resultaban difíciles de seguir tanto para quien las proponía, como para quienes que las escuchábamos. Una de nuestras interlocutoras, enmarañada en mar de nominaciones y matices para ellas, buscó saldar nuestra confusión de un modo que no habíamos considerado hasta entonces: “Mejor te lo dibujo”, nos dijo. El resultado de su propuesta abrió una extraordinaria vía para procurar respuestas a nuestras preguntas y reflexionar sobre ellas. En nuevos contactos solicitamos a nuestros y nuestras interlocutoras que esquematicen las respuestas que nos habían brindado. La entrevista etnográfica cuenta con esta ventaja, nos permite regresar sobre nuestros pasos, precisar búsquedas, ajustar interpretaciones. En el siguiente acápite compartimos parte de su resultado.

### **Figuras para la estructura social argentina**

Pirámides por lo general equiláteras, de amplias bases y escasa altura, o dos simples puntos, conjuntos, asteriscos o líneas paralelas: estas fueron las formas en que algunos de nuestros interlocutores representaron la estructura social argentina de acuerdo con las clases y la proporción que cada quien identificó. Comenzaremos entonces por desplegarlas en este orden, atendiendo particularmente a las nominaciones, descripciones y fronteras propuestas para captar los conflictos y experiencias que las traman, así como las teorías que las sustentan.

Entre quienes consideraron la existencia de más de tres clases se impuso la figura piramidal. En sus bases, densamente pobladas, se ubican “los pobres” o la “clase baja”, nominaciones para las que la mayoría de las veces caben distinciones: “clase baja y clase indigente”, “clase baja y ultra baja”, “pobres y muy pobres”. Aun cuando el criterio privilegiado para determinar la base comenzaba por el ingreso, y en virtud de él se reforzaba la carencia y desposesión, sus descripciones rápidamente incorporaban repertorios que van del miserabilismo al dominocentrismo. ¿Quiénes habitan la base? “Gente que no come o tiene que ir a un merendero” (Andrés); “los que no tuvieron suerte” (Armando); “los que están en los piquetes, que cada vez son más y cada vez tienen más exigencias” (Andrea), quienes “viven del Estado porque es más cómodo [...]”. Les interesa lo mismo vivir en la villa, bajo dos chapas, que en un departamento” (César).

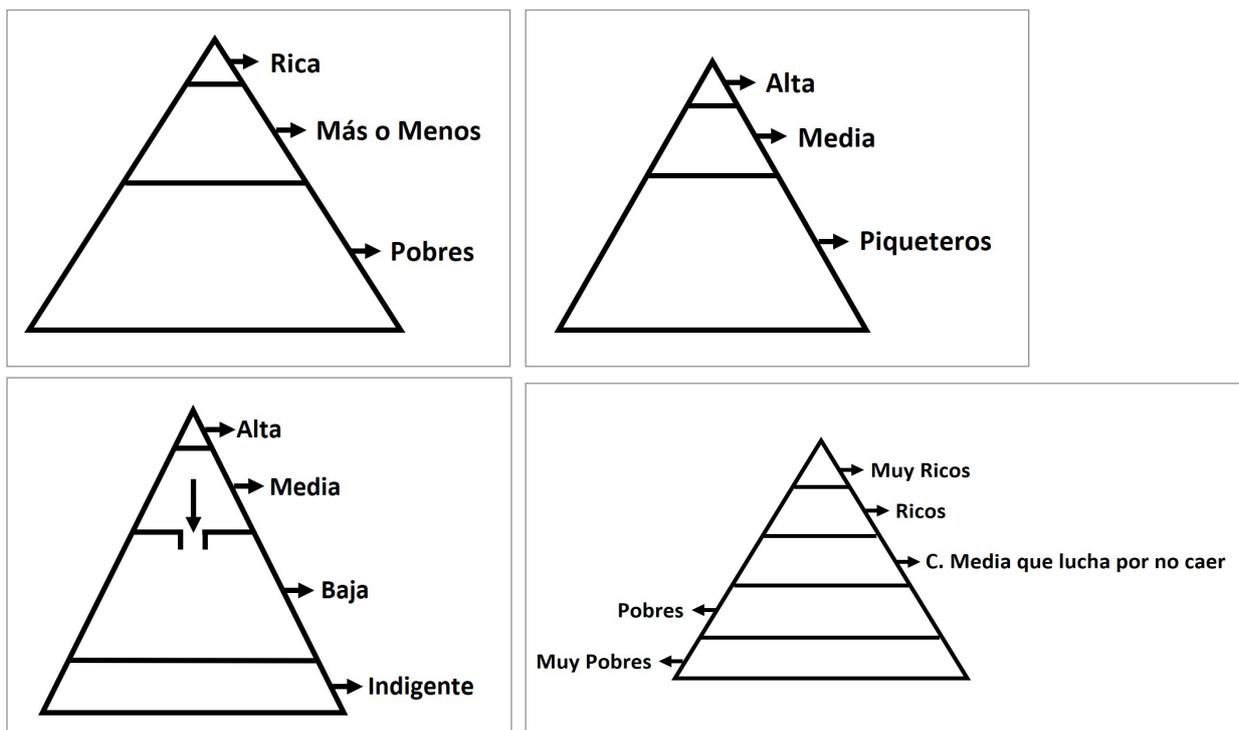
Los segmentos que siguen a la base en la figura piramidal (el centro y el vértice superior), cuya proporción relativa es exponencialmente decreciente en la mayoría de las figuras que pudimos reunir, comparten los criterios que permiten su identificación –la mayoría de ellos ausentes para determinar la base– y el establecimiento de sus fronteras. En el centro se ubica la “clase media”, en algunas ocasiones desagregada en “gises”, “alta y baja”, “medias varias”, o “alta, media y baja”. Cuando se trata de este segmento, aquello que parecía determinante de la base se diluye: las descripciones omiten el nivel educativo, la ocupación o la ubicación en la estructura productiva para concentrarse en la descripción de un “estilo de vida” (Sautu 2016) basado en un diagnóstico sobre los vaivenes relativos a sus pactos de consumo (Visacovsky 2010; Boos 2017).

El centro lo ocupan entonces quienes, según indicaba Vanesa, “tienen su casa, una cosa más estable... que vos decís ‘me puedo dar un pequeño gusto’”; también quienes, según Martín, “pueden elegir algunas cosas, ahorrar”. “Ahorrar” y “darse un gusto” son

dos diacríticos que escuchamos en reiteradas ocasiones. En el último caso, alude a la concreción esporádica o excepcional de un consumo considerado prescindente. Lejos de cualquier ponderación estética, “darse un gusto” podía implicar para algunos de nuestros interlocutores salir a cenar. Pero, para otros, suponía ir a determinado sitio y/o pedir un plato considerado costoso. En su espectro no ingresa una compra de supermercado, tampoco la adquisición de la primera vivienda, pero sí podía hacerlo algún producto como parte de la primera (la mermelada de frutos rojos que cada tanto se da el gusto de comprar Martha), o alguna dependencia de la segunda (como el vestidor que Neila se dio el gusto de construir en su nuevo hogar). “Ahorrar” sigue un comportamiento semejante, aunque por lo general se cristaliza en una acción: la compra de dólares, ya sea para tener un resguardo ante una eventualidad o para afrontar un gasto previsto en el corto o mediano plazo. En cualquier caso, no hay una suma estipulada que determine un excedente como “ahorro”, pero sí temores y angustias que lo ponen en juego y desatan incertidumbres. Esto es, tener que destinarlo a gastos corrientes. Ambos diacríticos, tan ausentes en la base (que se dirime en satisfacer necesidades básicas) como en la cima (que se dirime en el acceso a todo sin que ello suponga algún esfuerzo), permiten trazar algunas de las conflictivas fronteras que configuran el centro. Se trata de rasgos amplios, nominalmente inclusivos y contenedores, aunque subjetivamente degradados. Cada vez es más difícil que reporten satisfacción y bienestar. Vía la inflación y las restricciones a la compra de moneda extranjera, reiteradamente mencionadas en nuestro trabajo de campo, era cada vez más el Estado quién resultaba responsable de ello. La insistencia en ambos diacríticos, entonces, pareciera tener por horizonte el apuntalamiento de esta fragilidad, portadora de ansiedades e incertidumbres que intensifican lo que Pérez Sainz (2014) define como “empoderamiento por individuación”, captado a su vez en la conceptualización del “individuo pragmático” (Rubinich 2022: 27). El esfuerzo, la perseverancia, la voluntad personal son algunas de las valoraciones que acompañan las descripciones, aunque también se imputa al centro que adopte, en palabras de David, “lenguajes y características de la clase alta, [pero] vestidos como clase baja”. Esto último, sin embargo, ya no parecería ser parte de un consenso claro: el centro se define a sí mismo a partir de criterios que le son propios que se proyectan particularmente hacia arriba.

La cúspide de la pirámide, por último para esta figura, resulta por lo general mínima y está ocupada por la “clase alta”, “los ricos” o “potentados”. Como el resto de los segmentos, admite también distinciones: “ricos y muy ricos”, “clase alta y la clase alta top”, pero para nuestro análisis lo importante radica en que se trata del agrupamiento más densamente descrito. La cúspide está habitada por “diez gatos locos” (Javier), “familias de apellido y abolengo” (Grisel), “la gente que tiene tiempo para perder el tiempo” (David) o “los que pueden hacer lo que quieren” (Rita). Los criterios para describirles son los empleados para el centro, lo que difiere sustantivamente es la frecuencia, la cantidad y la calidad. Al igual que en el centro, quienes habitan la cima tienen acceso a la educación (pero en los mejores y más costosos colegios) y a la salud (pero a través de los planes más altos de las coberturas privadas); son propietarios (pero de grandes inmuebles localizados en barrios privados), tienen autos (pero más de uno y lujosos) y pueden vacacionar (pero varias veces al año y en el exterior). En la cúspide, aquello que en el centro podría constituir “un gusto” resulta cotidiano. “¿Cómo te explico?”, decía Ignacio señalando el vértice superior de su figura, “un tipo acá se puede comprar lo que quiera, no sé...las zapatillas que quiera, todas las que se le cante,

de la marca que se le cante. Para [comprar un par] yo debería ahorrar y bastante”. Las descripciones de quienes habitan la cima resultaron sumamente minuciosas, mucho más que las que se corresponden con la base. Se presentaron, además, acompañadas de anécdotas y vivencias labradas en “situaciones de contacto” en los más diversos ámbitos. Aquí, en términos de Barth (1976), la distancia no era “física”, aunque sí se imagina “estructural”. Esto era así para Paulina, cuyos hijos asisten a un prestigioso y costoso colegio bilingüe, donde se hizo amiga de madres de otros estudiantes; para su vecino David, docente jubilado que compartió viajes a Europa con “gente que estaba muy bien económicamente”; y para Rita, propietaria de un pequeño taller textil que visita regularmente una de las urbanizaciones privadas más exclusivas del país a fin de atender a su clientela. En estos y otros interlocutores, y a diferencia de lo que sucede con la base de la pirámide, el vértice superior no es una abstracción, sino el registro de relaciones e interacciones sociales concretas. A partir de ellas atestiguan lujos, ventajas, privilegios y excentricidades que, no en pocas ocasiones, derivan en suspicacias sobre el origen patrimonial (lavado de dinero, evasión impositiva) o en la condena de actitudes reprobables (indiferencia, soberbia) siempre hacia otros, nunca hacia sí mismos. Las anécdotas y descripciones de la cima enuncian relaciones sociales que, de acuerdo con Sautu (2016), expresan el nexo entre la clase y el “estilo de vida” atribuido a ella. Esto nos permite identificar una regularidad entre quienes, como veremos más adelante, adscribieron al centro en ambos municipios. Enunciémoslo con la evidencia que habilita la observación etnográfica: al momento de nuestro trabajo de campo, las personas mencionadas en el párrafo anterior se relacionaban –tanto o más cotidianamente– con quienes resultan “figuras prototípicas” del enclasamiento en categorías bajas<sup>4</sup>. Estas, sin embargo, nunca resultaron motivo de mención o anécdota alguna. Las razones por las cuales las interacciones sociales con la cima pueden formar parte de la propia experiencia y de la imaginación sociológica impulsada por



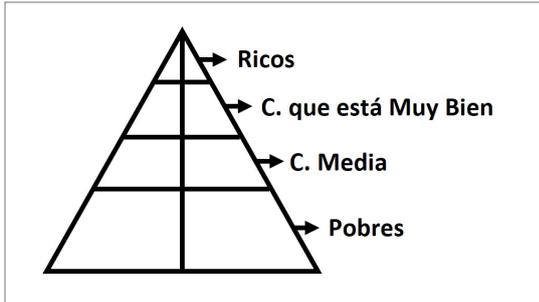


IMAGEN 1: Figuras elaboradas por Rita (A), Andrea (B), Ignacio (C), Greta (D) y Antonio (E).

ella, encuentra una posible clave interpretativa en lo que Rosaldo (2011) denomina “imaginarios asimétricos”. Según el autor, los subordinados imaginan mejor la vida de los dominadores que a la inversa. “Mejor”, vale aclararlo, remite al uso y control de la narrativa. Luego volveremos sobre esto.

Como indicamos al comienzo de este acápite, la figura compuesta por tres o más clases no fue la única opción entre nuestros y nuestras interlocutoras. “Dos y pará de contar”, decía Pedro para luego apuntar la existencia de “ricos totales y pobres de distinto tipo” que dibujó como dos rectángulos consecutivos, uno sobre otro, pero sin contacto alguno. Marcos, Gastón, Sofía, Giselle, Rafa y Delia, fueron algunos de nuestros interlocutores e interlocutoras que coincidieron en la definición de una sociedad compuesta por dos clases: “alta y baja”; incluso hubo quienes indicaron una sola, que claramente identificaban como tal: “la [clase] alta y el resto”, apuntaba Leonor, “la [clase] alta y los de abajo”, decía Leticia. Dos conjuntos, dos líneas paralelas, dos “puntos extremos” venían a representar no sólo la polarización, sino también la desconexión, la distancia infranqueable o lo que consideraban la dirección opuesta de “partes sociales” y “mundos distintos”. Estos binomios se componen de “todos a los que los favorece el sistema y los que hacen lo que pueden” (Leticia); “los chorros de siempre, políticos, empresarios, y los que viven mantenidos por el Estado” (Rafa); “los que tienen demasiado y no hacen nada, no invierten, no ayudan, y los que no llegan a fin de mes” (Giselle); “los que tienen privilegios y los que pasan penurias cada vez más importantes” (Marcos); “los que se la pasan cada vez mejor” y quienes “vivimos cada vez peor” (Sofía).

La composición del polo favorecido difiere notablemente de lo que escuchamos para las cimas en las figuras piramidales: está integrado por quienes “se [dan] el lujo de poder comprar una vivienda digna [...], de tener cloaca”, de acuerdo con Sofía; por quienes “tienen acceso a todo, a la salud y a la educación”, para Marcos. “Rica”, dictaminaba Delia, “es una persona que se puede mantener, se puede dar gustos y puede ahorrar... [eso] ya es un montón: sos rico”. En estas definiciones, la ausencia categórica de un centro no supone la ausencia de los diacríticos que lo conforman en las figuras piramidales, sino su relocalización. Se trata de una lectura compartida por personas cuyas posiciones y relaciones sociales las muestran como habitantes de o en interacciones cotidianas con el polo desfavorecido. Esto es así para Delia, una joven estudiante universitaria que trabaja como mesera de un restaurante y comparte sus días con bacheros y cocineros que tienen “sueldos miserables” y, al igual que ella, están “en negro”. También para Marcos, dueño de un comercio situado en el perímetro de un barrio popular y también para Giselle, organizadora de grandes eventos empresariales que integra un movimiento católico que “trabaja en beneficio de la gente”. Si regresamos a Rosaldo (2011), cuando el centro se descentra parecería que la asimetría se transforma

y el control de la narrativa se desplaza hacia las posiciones que cada quien habita o conoce de primera mano. Para volver a Barth (1976), aquí la distancia no es “física”, tampoco se imagina “estructural”.

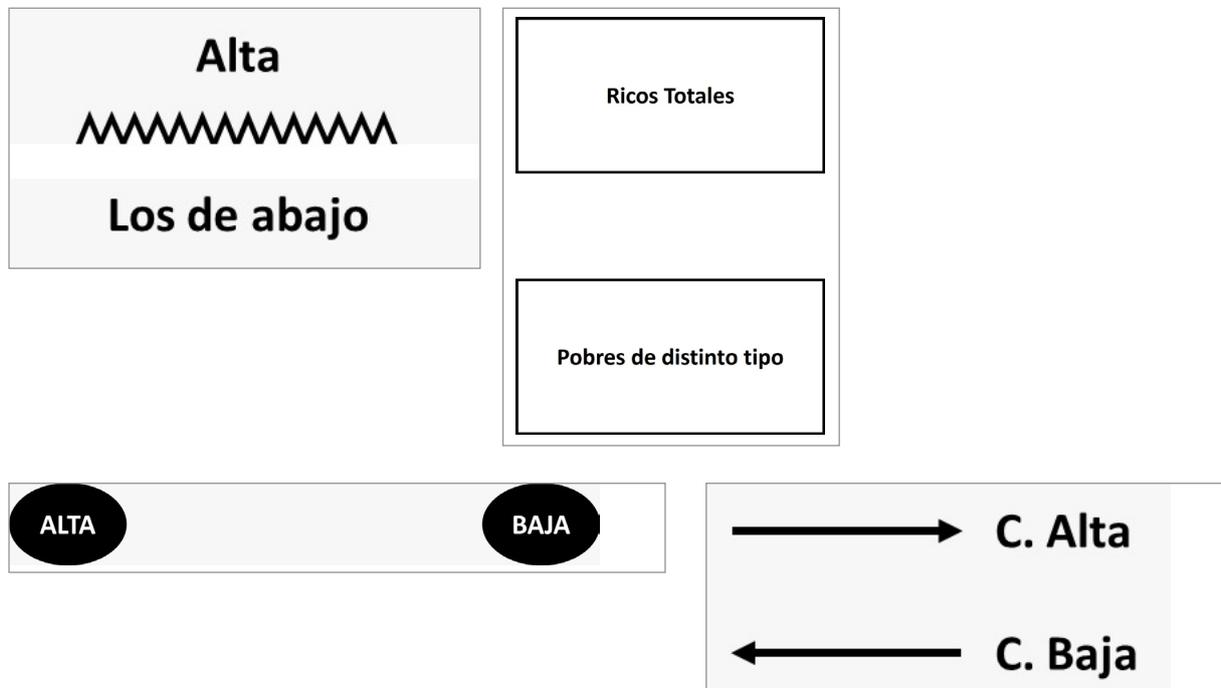


IMAGEN 2: Figuras elaboradas por Leticia (A), Pedro (B), Giselle (C) y Sofía (D).

Sea cual fuere la figura elaborada al momento de nuestras conversaciones, existen puntos comunes que debemos mencionar para poder avanzar hacia los modos de considerar los procesos de movilidad social y las autoadscripciones de clase. El primero indica que la división de clases que cabe a la sociedad argentina no está escrita en piedra. Por el contrario, se construye por oposición a otros tiempos en los que o bien existían otras clases sociales o variaba sustantivamente su composición y proporción. Particularmente, entre las personas adultas y mayores, la “experiencia histórica de temprana extensión de derechos sociales y claros procesos de movilidad social ascendente” (Rubinich 2022: 39) registra las narraciones más sensibles. Se trata del tiempo de la infancia y del esfuerzo consumado de dos o tres generaciones entre las cuales el progreso no era únicamente material. “Vivir mejor” era mucho más que “ahorrar” y “darse un gusto”: incluía relaciones de solidaridad entre vecinos y el crédito en la “librería del almacenero” que sería saldado. También refería a la confianza en la participación política, cuando el voto no era al candidato “menos peor”, sino “algo importante y esperanzador”, de acuerdo con Leticia. Entre las personas jóvenes, en cambio, la variación no siempre alcanza a señalar una “época”, indica más bien breves “momentos”, mejores o peores, que no resultan los mismos para todas. El punto de llegada, sin embargo y como veremos en el siguiente acápite, es compartido: la mayor parte de las figuras denuncian un deterioro abrumador de la vida social.

El segundo punto refiere la ausencia en nuestro trabajo de campo de categorías explícitamente racializadas. Cuando reparamos en las descripciones de las bases llamó nuestra atención la ausencia de nominaciones como “negro”, una categoría que por su sedimentación histórica podría situarse allí, o “marrón”, de uso más reciente especialmente en las redes sociales. Ambas parecieran perder eficacia y potencia identificatoria ante “piquetero” (aludiendo a quienes protestan cortando calles, lo que se denomina en Argentina, “hacer piquetes”) o “planero” (quien cobra planes estatales) que señalan un tipo de relación específica con el Estado y, por su intermedio, con quienes la enuncian. Posiblemente esto, y cierta corrección política también, explique su elipsis. Desde ya lo anterior no desconoce la existencia de “apariencias de clase racializadas, apariencias raciales enclasadadas” (Caggiano 2021: 259). De hecho, así como entre “villero” y “negro” se conjuga una sinonimia que demuestra que la racialización no necesariamente utiliza el lenguaje racial (Caggiano, 2021: 259), “planero” resulta una posible elaboración autocentrada que destaca el propio protagonismo a la hora de delimitar su existencia como grupo social subordinado y dependiente. También, en términos ideológicos e identitarios, las contadas menciones de la “clase obrera” y a la “clase trabajadora” parecen demarcar un segmento superior a la base que contiene, o bien muestra próximos a ella, a quienes deciden incorporarlas a sus figuras. Se trata de una de las opciones que, como veremos, asisten en las argumentaciones relativas a las autoadcripciones de clase.

### **Procesos de movilidad social y autoadcripción de clase**

Para nuestras y nuestros interlocutores lo más probable parecía transitar de las posiciones medias a las bajas. Tanto es así que Ignacio diseñó “una puerta” que comunicaba en una única dirección el centro con la base de su pirámide, mientras que Grisel punteó la línea que separa a la “clase media baja” de la “baja”. Del recorrido inverso, es decir del ascenso desde las posiciones bajas a las medias, casi no tenemos registro. Lo mismo cabe para el tránsito desde las posiciones medias a la cima, o de ésta a cualquiera de las inferiores. El vértice superior podía alcanzarse azarosamente, ganando la lotería o recibiendo una herencia inesperada. Es decir, en circunstancias tan excepcionales como las que podrían originar una caída: una estafa, un terrible accidente o el quiebre en Wall Street. Ni en uno u otro sentido cobra importancia el mérito o las aptitudes individuales que sí adquieren protagonismo en los flujos que suceden en el centro. Las figuras piramidales comportan así, y por lo general, cierre en el vértice superior (nadie llega, pero nadie cae), movilidad descendente de las posiciones medias en dirección a la base y cierre sobre ella, puesto que quienes la habitan muy difícilmente puedan abandonarla.

Cuando se trata de pensar la movilidad descendente desde el medio, las opciones se multiplican y masifican en nuestros registros: para que ésta suceda, decía Neila, “alcanza con vivir en Argentina”, o basta con “que te caiga la AFIP<sup>5</sup>” de acuerdo con Rafa. Si bien el descenso podía depender de malas decisiones individuales como “quedarse, no formarse” (Mara) o “no aprovechar las herramientas y las oportunidades para progresar” (Leo), el incremento sostenido de la inflación –más que cualquier otra razón– señalaba el camino ampliamente consensuado para que “la pobreza”, como decía Pedro, “golpee a tu puerta”. También permitía apuntar que “mantenerse” en una posición resultaba cada vez más difícil de sostener o que el descenso era insoslayable y nadie en el centro quedaba a salvo de él. En tanto, la dirección inversa fue impugnada

en más de una ocasión, ya sea porque “el ingreso no es el único criterio que define la pertenencia de clase” de acuerdo con Grisel, la más bourdieana entre nuestras entrevistadas, o porque la situación económica del país, como decía Andrés, “no te ayuda mucho a subir de escala social”. Si bien, como ya mencionamos, la movilidad relativa basada en el esfuerzo individual estuvo presente en nuestras conversaciones, requería de un contexto que la acompañase: “Para poder subir un poco” Cecilia creía necesario, “primero que nada, mucha voluntad de parte de uno mismo”, pero también y no menos importante “que no te metan tantas trabas, porque en este país todo es traba”.

Ahora, puestos a pensar qué sería necesario para revertir esta situación, las disposiciones personales daban paso a políticas de Estado que variaban su materia entre hombres y mujeres: mientras los primeros apuntaban a la necesidad de recomponer el salario y el mercado de trabajo, las segundas priorizaban la formación y el sistema educativo. Para ambos no se trataba, al menos no exclusivamente, de una cuestión cuantitativa (“más trabajo” o “más educación”), lo que se reclamaba necesario era un cambio que consideraban muy profundo: “Trabajos de calidad”, con derechos garantizados y en ramas competitivas, decía Arturo; un cambio en los temas y en las formas de enseñarlos, “que se incorpore la educación financiera”, según ejemplificaba Mara, quien se preguntaba si en la escuela se enseña a “tramitar el monotributo”.

La permeabilidad entre las clases identificadas y el sentido de los flujos son coordenadas fundamentales para comprender las argumentaciones que conducen a las autoadscripciones de clase y los conflictos narrados a partir de ellas. Estas, en primer término, se dirimen marxista y weberianamente entre la posición y situación de clase. Nuestros y nuestras interlocutoras pergeñaban lo que entendían como “criterios objetivos” que, si bien les permitían definir una adscripción, daban resultados no siempre satisfactorios o que incluso podía causarles rechazo. En este segundo punto algo de las políticas de las identidades llegaba para manifestar cierto desagrado (“nunca fui de poner etiquetas, detesto esas cosas”, decía Leticia), para señalar su anacronismo (“un poco que ya fue eso de la división de clases”, apuntaba Pedro) o para sostener una negativa absoluta ante el enclasmiento: “¿Qué sería pertenecer a una clase social?”, se preguntaba Cecilia para luego afirmar, al igual que Giselle, que no adscribía a ninguna, algo sin duda muy distinto del “no sabe/no contesta” que manejan las encuestas.

Las autoadscripciones que escuchamos en el trabajo de campo eran relacionales, situacionales y dependientes de, como dijimos, una percepción específica de la configuración social. Esto último quedaba indicado en las suturas hermenéuticas promovidas por la pluralidad y heterogeneidad de las adjetivaciones, particularmente cuando se trataba de la clase media. Los cambios de posición que registramos, además, encontraban explicaciones y magnitudes distintas entre mujeres y hombres. Entre las primeras resultaban tramados en diversas etapas de sus vidas: dejar la casa familiar, tener hijos en edad escolar o ya independientes; divorciarse, enviudar o jubilarse resultaron momentos de transformación captados por el lenguaje de clase. “Capaz que cuando era chica yo era clase media tirando a alta, y ahora sería clase media”, decía Agustina para marcar el momento en que, luego de recibirse de psicóloga, se mudó a un departamento propiedad de su madre para comenzar a “vivir sola”. “Cuando yo era soltera pertenencia a esa clase”, decía Leonor, empleada de comercio, en referencia a “una clase media bien interesante” que terminó por extinguirse en los 2000, para luego sostener que hoy es parte de lo que denomina “clase tuvo’: tuvo vacaciones, tuvo

auto”. “Yo tengo características, por lo que viví, de haber tenido una clase un poco más alta”, reflexionaba Grisel, quien fue maestra de varias generaciones, “ahora, pasar a ser jubilada, salvo que vos tengas mucho respaldo, ya no”. Esta última resulta una definición que bien podrían compartir Carmen, Raquel y Greta. Todas, desde sus respectivas pensiones y/o jubilaciones en diversos rubros consideraban que pertenecían a una “clase media para abajo” o a una “clase media baja”. “La clase media a la que yo estaba acostumbrada”, decía Leticia en referencia a la década de 1990, “vivía relativamente bien”; en contraste con ella, sostenía “hoy [...], lo que yo conocía como de clase media, no soy”, para luego aclarar que no vive “mal”, pero que eso es así porque sus dos hijos ya son mayores, trabajan y contribuyen a los gastos del hogar.

Estas y otras elaboraciones semejantes no parecían dilemáticas o incómodas. Definir la pertenencia a una “clase trabajadora”, tal como lo hacían Tati y Delia, a la “clase baja” como argumentaba Sandra, o a una “clase millennial, que vive más o menos bien, pero [nunca] se va a poder comprar una casa [y no] le dan los costos como para poder tener un hijo”, tal como afirmaba crudamente Mara, suponía una experiencia que no era necesario maquillar o, al menos, a la que no había que encontrarle compensaciones o puntos de fuga. Lo contrario, es decir, la autoadscripción que indicaría una movilidad ascendente, seguía la misma lógica, aunque eran situaciones menos que contadas. Paulina podía exhibir las recientes reformas realizadas en su casa, entre ellas la de su cocina que la tenía muy orgullosa, y decir: “la verdad es que soy una clase social alta”. Su argumentación es valiosa, no sólo porque fue la única persona en adscribir a la posición más elevada de la que tenemos registro, también porque en ella adquiere protagonismo aquello que, en varias de nuestras entrevistas, pierde su condición de garantía: “Toda la educación la hice en escuelas públicas, [pero] era otra época”. Sus logros, sostenía, obedecían al hogar en el que le tocó nacer: “Hay mucha gente que no va a tener oportunidad porque desde el vamos su familia [de origen] no la tenía”.

Entre los hombres esto no parecía suceder del mismo modo. Las autoadscripciones de clase compartidas por nuestros interlocutores también eran resultado de balances, pero estos partían de las coyunturas políticas, de reflexiones sobre la composición del mercado de trabajo y los vaivenes centrados en la capacidad de consumo. Aun cuando el horizonte fuese la denuncia política y el posicionamiento ideológico, resultaba más incómodo argumentar los cambios en cualquiera de los sentidos. Durante nuestras conversaciones iniciadas en 2023, sobre el fin de la presidencia de Alberto Fernández, Arturo puso particular empeño en relativizar lo que podría ser considerado un proceso de movilidad ascendente por motivos que descartan y recuperan el estatus weberiano y los capitales bourdieanos. Médico cirujano cercano a los 50 años, casado con una licenciada en Letras y padre de dos hijos que asisten a una escuela privada, se reconocía portador de “un aura”. Esto hacía que, por ejemplo, la pareja resulte invitada por otras de “muy buena posición” a reuniones y asados, “porque el cirujano y la [intelectual] quedan bien”. Sin embargo, aclaraba, esa impresión se desvanecía –al igual que las invitaciones– cuando comenzaban a expresar sus opiniones políticas. En su hablar apasionado, fue categórico a la hora de considerar su autoadscripción: “Clase media a secas, ‘clase mierda’, como dicen”, aquella que ubicaba entre la cima de una pirámide compuesta por “quinientas familias que nos manejan el bolsillo, la vida en general” y quienes en la base sobreviven y componen la “clase baja” y la “clase ultrabaja”. La segunda nominación escogida por Arturo –“clase mierda”- y el juego de palabras que propone es conocida y se inscribe en la genealogía que entronca el peronismo y

la cultura de izquierda en la que se formó desde pequeño. Sin embargo, Arturo no arribaba a esta identificación desde “purgatorio” y la automortificación (Altamirano 2000), sino más bien desde un genuino desconcierto generado por el argumento que empleó para posicionarse en ella:

“mirá, no sé... tengo un amigo, que juego al fútbol con él, que trabaja en la cabina de peaje, que cuando me ve pasar me levanta la barrera. Una vez le pregunté cuánto ganaba y triplicaba mi sueldo [como médico cirujano de un hospital público], con la misma carga horaria”.

Su observación, vale aclararlo, estaba más dirigida a puntualizar el estado del sistema de salud y la falta de reconocimiento de lo que definía como “mano de obra calificada” (en sus términos, eso es un cirujano) que a indicar un deterioro económico personal. Por la misma época, el ejemplo que brindaba Arturo bien podría encarnarlo Gonzalo, quien adscribió a la “clase media” por circunstancias en las que también vale la pena reparar. A sus 34 años, siendo obrero calificado de una importante fábrica cervecera, acababa de comprar su primera vivienda en un “barrio de clase media”. La autoadscripción al centro de Gonzalo estaba dada por este logro, pero también por efecto de la política fiscal: verse alcanzado por el “impuesto a las ganancias” depositaba a Gonzalo y a todos sus compañeros en la fragilidad del centro. Dicho en sus propios términos: “Al haber tanta desigualdad social, laboral”, nos decía, “*hoy* nosotros somos clase media, laburantes que nos levantamos todos los días”. Tributar resultó un poderoso criterio de autoadscripción que podía explicar ascensos como el de Gonzalo, pero también estrategias para eludir el declive o para sostener una inmovilidad cada vez más difícil de sostener. Tal es el caso de Rafa, un joven diseñador gráfico que, en una estructura social polarizada compuesta por “chorros y planeros”, al momento de compartir su autoadscripción se refirió a “la clase monotributista”, aquella que “mantiene al resto”.

Como Gonzalo, Andrés puntualizaba la inestabilidad o fragilidad de cualquier adscripción que pudiese apuntar. Dedicado a tareas administrativas en la empresa familiar, a sus 31 años consideraba que no era “muy pobre”, pero que tampoco le sobraba “una fortuna a fin de mes”, por lo que optó por indicar su pertenencia “un gris, de decir ‘no sé bien qué soy’. Me alcanza como para vivir bien, me doy unos gustos, pero tampoco es algo que es muy grosso”. Más allá de la nominación, lo importante aquí es el motivo de su rodeo: la inflación, explicaba, “hace descender un poco de escala social, pero descende toda la sociedad [...], no es que vas a bajar vos solo”. Antonio, un taxista jubilado, ante el mismo brete que intentaba sortear Andrés, proponía “inventar otra clase, la clase cuarta, pongámosle”. La “clase cuarta” estaba integrada por quienes no podrían ir al teatro o al cine una determinada cantidad de veces al mes, ni podrían comprar “una variedad de quesos y salames para picar” cuando regresan del trabajo, pero que no por eso serían de “clase baja”. Aun así, sostenía, la “verdadera división” radica en el constante “Boca-River” que caracterizaría al país, razón que lo llevó a partir su figura piramidal al medio.

Narrar un proceso de franco empobrecimiento no resultaba una tarea sencilla, incluso en circunstancias en las que la conversación pública lo constataba. Sobre el fin de la presidencia de Mauricio Macri (2019) conocimos a Gastón, quien tenía 47 años, era padre de una familia numerosa, trabajaba en un lavadero “por dos mangos” y como

chofer de Uber, completando así jornadas de más de 10 horas de trabajo. Gastón se consideraba “de clase baja, porque la clase media ya desapareció, no existe. Estás en la baja o en la alta”. En su caso no se trataba de una pobreza heredada, pero tampoco de un descenso reciente: aunque la situación de su familia se recompuso medianamente durante la “época de Cristina”, consideraba que fue parte de la “clase media” en la década de 1990, “cuando estábamos con el dólar uno a uno” y él, trabajando en una verdulería, recordaba con precisión, “ganaba 50 pesos [y] el pan valía 50 centavos”. En 2019, para patentar el tiempo transcurrido desde entonces, decía, “hace tanto que no compro asado que se me venció la bolsa de carbón”. Pero no solo eso, Gastón refería su adscripción a la “clase baja” como parte de lo que consideraba su propio cansancio y “el “cansancio de la gente en general”, la incorporaba a su pedido de “mano dura” ante la inseguridad y a la quita de “privilegios” a jueces y empresarios, al tiempo que nos preguntaba si alguna vez habíamos visto comer “guiso de alita” a un político.

### **Apuntes finales. En el Norte y en el Sur; antes y después de la pandemia**

Llegado este punto podemos preguntarnos de qué hablan las personas cuando hablan de la estructura y las clases sociales, si aquello que enuncia su lenguaje difiere para lo registrado en los barrios situados en el norte y el sur del conurbano bonaerense, si la pandemia perturbó las figuraciones que imaginaron –y en algunos casos dibujaron– nuestras y nuestros interlocutores en uno y otro sitio. Aunque las respuestas a estos interrogantes ameritan más espacio del que podemos destinar aquí, tomamos su enunciación como coordenadas para elaborar algunos apuntes finales.

Las formas de imaginar la estructura social argentina, esto es las clases que la componen y quienes las habitan, sus nominaciones, las fronteras entre ellas y las razones por las cuales adscribir a una no responde a esquemas prediseñados. Esto posiblemente resulte así porque, delimitada por imaginarios asimétricos contrastantes, “clase” se comporta ante todo como una categoría de la agencia: permite que personas de distintas edades y en distintos momentos biográficos, narren sus vidas; miren hacia atrás, se vean a sí mismos, a otros, y establezcan el “lugar en el mundo que caminan”, tal como decía Gabriela. No hay para esos mundos “distorsiones”, “disonancias” o “inconsistencias”, sino disposiciones situadas que permiten organizar deseos, expectativas y frustraciones tramadas en temporalidades múltiples.

Del mismo modo, la permeabilidad de sus fronteras no responde siempre a la lógica de las cortas, medianas o largas distancias entre posiciones preestablecidas: hay pequeños cambios materiales que resultan abismos experienciales o, por el contrario, los hay grandes que no modifican lo sustantivo. Sus dinámicas e inflexiones no acontecen en el vacío, cobran impulso en sedimentaciones históricas que comprenden, al mismo tiempo que exceden, las propias biografías. Por esto último la creatividad y la imaginación desplegada en los usos de “clase” no es caótica, delirante (en el sentido deleuziano) o infinita, se produce en el encuentro con la estructura de modos muy concretos, tal como evidencia la regularidad de las figuras descritas hasta aquí o la presencia del Estado como su gran organizador y responsable, pues es aquel que determina las bases (“la gente que recibe ayuda”/“planeros”), las cimas (que evaden o soportan la presión tributaria) y la composición siempre dinámica de los centros (a los que arriban obreros que “pagan ganancias”, en los que precariamente se mantienen profesionales y en los que peligran jóvenes que monotributan y jubiladas/os cuyos ingresos dependen del cálculo previsional). A partir de sus propios parámetros constitutivos, y como en otros

países latinoamericanos, es con el Estado con quien antagoniza el centro (Arellano Cueva 2010), incluso cuando se descentra para distribuirse en una estructura social dual y cada vez más excluyente.

Las descripciones relativas a la retracción o la extinción de las clases medias que comenzamos a escuchar en San Isidro a fines de 2019, sobre el fin de la presidencia de Mauricio Macri (2015-2019), y que se prolongaron y masificaron en Quilmes, tras la pandemia y sobre el fin de la presidencia de Alberto Fernández (2019-2023) mojonan este conflicto cardinal como una encrucijada. Su enunciación, como vimos aquí, es profundamente política: supone la disolución de aquello a lo que se desea acceder, o el peligro en que se encuentra aquello en lo que se desea permanecer siempre a costa de un esfuerzo que, desde hace tiempo, reporta cada vez menos satisfacciones y seguridades (Semán 2016: 71).

Sobre este último diagnóstico anidan sanciones y desencantos cuya resolución es más que las proporciones asignadas a los segmentos en las figuras piramidales y la tendencia o ratificación de la polarización social dibujada como rectángulos asimétricos, puntos, cruces o líneas paralelas distantes. Desde la restauración democrática el centro fue un horizonte, además de un área social en el que se constituyeron sujetos políticos protagónicos en la construcción crítica del sistema político (Adamovsky 2009), por lo que establecer su contracción o su finitud fue y es un modo persistente de organizar, distribuir y evidenciar malestares y deudas pendientes. Sin embargo, al menos desde fines de 2019, ensanchar las bases de las pirámides, minimizar las cimas o determinar pares opuestos parece haber modificado ese horizonte y los modos ya conocidos de explicar el propio declive o el empobrecimiento societal, hoy concentrados en identificar y denunciar a quienes son considerados responsables de ello, sin ya las naturalizaciones o los errores propios que purgar que Minujin y Kessler (1995) advertían en la década de 1990. En esta tarea –en la de identificar responsables– la pandemia ofició como hiato, aceleró y radicalizó elaboraciones de lo ya presente.

“Pandemia” fue un término que en nuestro trabajo de campo se mostró sumamente flexible. En su asociación con las figuras desplegadas páginas arriba no fue, en rigor, motivo de la creación de ninguna clase social, pero fue un evento crítico que imprimió intensidad a las valoraciones de cada una de las identificadas. Esto vale también para las autoadscripciones que escuchamos: la pandemia tampoco parece explicarlas o datarlas, pero sí volverlas más relevantes. Desde ya, las vidas cotidianas de nuestros y nuestras interlocutoras durante la pandemia no fueron las mismas, ni en el norte ni en el sur del conurbano; ni en los “barrios de clase media” ni en los “barrios de trabajadores”. Pero incluso entre quienes privilegiaron la ponderación por ingreso para establecer sus adscripciones, ésta no supuso un cambio de posición, sí de valoración. Esto último cabe a Arturo, un médico que estando al frente de una Unidad de Pronta Atención en el sur del conurbano perdió buena parte de su facturación mensual y su propia cobertura prepaga dada la suspensión de las operaciones no urgentes en el sistema privado de salud. Cabe también para su vecina Andrea, una artista que disfrutó muchísimo el hecho de poder pasar ocho horas diarias en su taller y que incrementó sus ingresos considerablemente en virtud de la cantidad de obras que vendió a través de las redes sociales, cuando en el confinamiento las personas se dedicaron a redecorar sus casas. Cabe a Armando que, en el norte del conurbano, al no poder trabajar como masajista recurrió, “sin abusar” y como en otras “épocas de malaria”, a la asistencia estatal, y para su vecina Tati que aprovechó la virtualidad para cursar las materias que le faltaban para graduarse de la universidad. Lo

que persiste en sus palabras es el hecho de haber sobrevivido y el haberlo hecho cada quien en su lugar. Este resultado –y aquí lo importante– siempre es *a pesar de* o *gracias a* las medidas adoptadas por “el gobierno” que inscriben las mismas figuras y adscripciones en distintas evaluaciones y opciones políticas.

En cuanto al lugar de residencia, tanto para las figuras como para las autoadscripciones, resulta un dato importante a la hora de ponderar particularmente la heterogeneidad del centro nominado de diversos modos, así como la permeabilidad de sus fronteras. Cuando el centro se hacía presente, nuestros interlocutores en el sur del conurbano imaginaban una estructura social cuyas fronteras de clase resultaban más permeables que lo que se desprendería de nuestras entrevistas en el norte; posiblemente por ello entre los primeros las clases medias podían resultar más densas y diversas que entre los segundos. Sin embargo, esto que se desplegaba en descripciones de lo que podría considerarse estilos de vida contrastantes, no se traducía en grandes distinciones a la hora de formular autoadscripciones de clase que, como indicamos, parecen más ajustadas a otras cuestiones.

Tanto en el sur como en norte del conurbano bonaerense, tanto en los “barrios de clase media” como en los “barrios de trabajadores” en los que desplegamos nuestro trabajo de campo, habitan todas las posiciones que pudimos registrar. En sintonía con lo arrojado por otros estudios (véase Mac-Clure, Bazoret y Aguilera 2024), ni una ni otra categoría residencial tiene hoy un claro efecto de límite u exclusión a la hora de imaginar las propias adscripciones de clase y las partes que componen la estructura social (Segura y Cingolani 2021). En otros términos: vivir en un “barrio de clase media” no implica una consecuente adscripción al centro, del mismo modo en que vivir en un “barrio de trabajadores” no es razón suficiente adscribir a las posiciones inferiores, ya sea en el sur o en el norte del conurbano bonaerense. En cualquiera de los sitios pueden encontrarse estructuras sociales sin centro, pero lo que nunca está ausente es la identificación de extremos. Aún es demasiado pronto para afirmar que esta distribución heterogénea y no concentrada de la imaginación social en la trama urbana es parte del cambio de época que atraviesa el país. Lo que sí resulta más claro es que es portadora, como el resto de lo abordado en estas páginas, de un mensaje al respecto.

## **Bibliografía**

- Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Altamirano, C. (2000). La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio. *Prismas - Revista De Historia Intelectual* (1), 105–123.
- Arellano Cuevas, R. (2010). Valores e ideología: el comportamiento político y económico de las nuevas clases medias en América Latina. En: A. Bárcena y N. Serra (Eds.). *Clases medias y desarrollo en América Latina* (pp. 201-236). Santiago de Chile: Cepal – Cidob.
- Assusa, G. y Mansilla, H. (2019). La clase social como posición y representación. Un análisis sociológico de la autoidentificación en la estructura social. Argentina, 2014-2015. *Revista Lavboratorio* (29), 87-112.
- Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benza, G. y Kessler, G. (2020). *La ¿nueva? estructura social de América Latina. Cambios y persistencias después de la ola de gobiernos progresistas*. Buenos Aires:

Siglo XXI.

Benza, G., Iuliano, R., Álvarez Leguizamón, S. y Pinedo, J. (2016). Las clases sociales en la investigación social de la Argentina (2003-2014). En: S. Álvarez Leguizamón, A. Arias y L. Muñoz Terra (eds.). *Estudios sobre la estructura social en la Argentina contemporánea* (pp. 143-214). Buenos Aires: PISAC-CLACSO.

Blanco Esmoris, F. (2021). Etnografía del sueño habitado. La “casa propia” para las clases medias del Gran Buenos Aires. [Tesis de doctorado en Antropología Social]. Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín.

Boos, T. (2017). Pact of Consumption – Kirchnerism and the Argentinian Middle Class. *Journal für Entwicklungspolitik*, 33(4), 37-72.

Caggiano, S. (2021). Racismo. En: C. J. Zunino y V. Trpin (coords.). *Pensar las migraciones contemporáneas: categorías críticas para su abordaje* (pp. 253-262). Buenos Aires: Teseo.

Cardoso de Oliveira, R. (2007). *Etnicidad y estructura social*. México: CIESAS.

Dalle, P. (2016). *Movilidad social desde las clases populares: un estudio sociológico en el Área Metropolitana de Buenos Aires 1960-2013*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA.

Germani, G. (2010) [1963]. Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación. En: C. Mera y J. Rebón (coords.). *Gino Germani, la sociedad en cuestión: antología comentada* (168-201). Buenos Aires: CLACSO.

Grimson, A. (2015). Percepciones sociales de la desigualdad, la distribución y la redistribución de ingresos. *Revista Laboratorio* 26(15), 197-224.

Jorrat, J. (2008). Percepciones de clase en la Argentina. *Estudios del Trabajo*, (36), 49-83.

Kalb, D. (2015). Introduction: Class and the New Anthropological Holism. En: Carrier, James; Kalb, Don (eds.). *Anthropologies of Class. Power, Practice and Inequality*. (pp. 1-27). Cambridge: Cambridge University Press.

Kessler, G. (2016). Introducción. En: G. Kessler (comp) *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 9-33). Buenos Aires: Siglo XXI.

Mac-Clure, O. Bazoret, E. y Aguilera, C. (2024). Definiendo su posición en tiempos de crisis: ¿clase social u otros atributos? *Estudios Sociológicos*, (42), 1-28.

Minujin, A. y Kessler, G. (1995). *La nueva pobreza en Argentina*. Buenos Aires: Planeta.

Noel, G. (2020) *A la sombra de los bárbaros. Transformaciones sociales y procesos de delimitación moral en una ciudad de la Costa Atlántica bonaerense (Villa Gesell, 2007-2014)*. Buenos Aires: Teseo.

Pereyra, D. (2011). Estratificación social y construcción de las clases en Argentina en el largo plazo. algunas reflexiones sobre el concepto de élite y la crisis de dominación. En: G. Pérez, O. Aelo y G. Salerno (eds.) *Todo aquel fulgor. La política argentina después del neoliberalismo* (229-239). Buenos Aires: Trilce.

Piovani, J. y Salvia, A. (2018). Introducción. En: J. Piovani y A. Salvia (comps) *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta Nacional sobre la Estructura Social* (pp. 11-25). Buenos Aires: Siglo XXI.

Rosaldo, R. (2011). La narrativa en la etnografía. El imaginario asimétrico, el punto de vista y la desigualdad. En: A. Grimson, S. Merenson y G. Noel (comps). *Antropología ahora. Debates sobre la alteridad* (pp. 61-69). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Rubinich, L. (2022). *Contra el homo resignatus. siete ensayos para reinventar la rebeldía política en un mundo invadido por el desencanto*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sautu, R. (2016). La formación y la actualidad de la clase media argentina. En G. Kessler (comp.) *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 9-33). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Segura, S. y Chaves, M. (2021). Introducción: hacia un abordaje socio antropológico de la experiencia metropolitana. En: M Chaves y R. Segura (comps.) *Experiencias metropolitanas: clase, movilidad y modos de habitar en el sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires*. (pp. 11-48) Buenos Aires: Teseo.
- Segura, R. y Cingolani, J. (2021). Barrio de trabajadores. (Des)arraigos, consumos culturales y lenguaje de clase (media) en barrios centrales de las localidades del corredor sur. En: M. Chaves y R. Segura (comps.) *Experiencias metropolitanas: clase, movilidad y modos de habitar en el sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires* (pp. 131-166). Buenos Aires: Teseo.
- Semán P. (2016). Las clases medias y la imposibilidad de parar de sufrir. En: H. Vanoli, P. Semán y J. Trímboli *¿Qué quiere la clase media?* (pp. 65-87). Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Semán, P. y Merenson, S. (2007). ¿Cómo se dividen brasileños y argentinos? Construcciones de mapas sociales en Brasil y Argentina. En: A. Grimson (comp.) *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina* (pp. 189-210). Lugar: Edhasa.
- Thompson E. (1989). *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica
- Vargas, P. (2014). La hormiguita burguesa. Narrativas de ascenso social y actualización de clase (media) entre los diseñadores porteños. En: E. Adamovsky, S. E. Visacovsky y P. Vargas (comps.), *Clases medias: nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología* (pp. 213–240). Buenos Aires: Ariel.
- Viotti, N. (2011). Notas sobre socialidad y jerarquización en la nueva religiosidad de los sectores medios urbanos. *Papeles de Trabajo*, 5(8), 135–152.
- Visakovsky, S. (2010). *Hasta la próxima crisis. Historia cíclica, virtudes genealógicas y la identidad de la clase media entre los afectados por la debacle financiera en la Argentina (2001-2002)*. Recuperado de: [https://cide.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1011/249/1/000102960\\_documento.pdf](https://cide.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1011/249/1/000102960_documento.pdf) (Consultado: 28.02.2024).
- Visakovsky, S. y Garguin, E. (comps.) (2009). *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*. Lugar: Antropofagia.



**Silvina Merenson** es Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y profesora titular de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Desde 2019 su investigación se concentra en la problematización de la estructura social y las autoidentificaciones de clase en el conurbano bonaerense.